

14.

FORTALECIMIENTO DEL SER DESDE LA GESTIÓN EDUCATIVA.

Trazos en clave de Auto/Eco/Biografía

Ana María Aragón Holguín⁷⁵

Universidad Ecci

Hay caminos que no comienzan en un punto geográfico, sino en una pregunta interior. El mío empezó con la necesidad de comprender cómo la educación puede ser un territorio de humanización, un espacio donde el *ser* no se disuelve en el *hacer*, sino que se expande, se reencuentra, se fortalece. En ese horizonte, la gestión educativa se ha vuelto para mí una práctica espiritual y política a la vez: el arte de cuidar lo humano en medio de la estructura, de mantener el sentido entre los indicadores, de sostener el alma de los proyectos educativos sin que se pierda en la burocracia del deber ser.

Este texto es una bitácora simbólica —una auto/eco/biografía— que recoge los trazos de una vida dedicada a la educación desde distintas orillas, pero siempre con un mismo propósito: contribuir a que los procesos formativos sean caminos de fortalecimiento del Ser. Es también un intento por pensar la gestión educativa no

⁷⁵ Directora regional universidad Ecci

solo como administración de recursos o coordinación de procesos, sino como un acto ético, estético y profundamente relacional.

I. Auto/eco/biografía: habitar el sentido

He habitado la educación desde múltiples lugares: la docencia, la gestión, la investigación, la creación de programas, el acompañamiento institucional. Pero más allá de los roles, lo que ha permanecido es la certeza de que cada experiencia ha sido un trazo vital en el lienzo de mi propio devenir.

Mi biografía profesional ha sido, en realidad, un proceso de autoformación. Cada desafío institucional me ha invitado a revisar mi manera de comprender la educación; cada encuentro humano ha sido una oportunidad para reconocer la dimensión eco-relacional de la existencia: somos con los otros, somos en los otros.

En este sentido, la gestión educativa se revela como un territorio de alteridad. Dirigir, coordinar, liderar, no son verbos de poder, sino de escucha. He aprendido que quien gestiona educativamente no gobierna estructuras, sino vínculos; no administra tiempos, sino sentidos. La gestión, entendida así, se convierte en un lugar de diálogo entre lo técnico y lo sensible, entre la organización y la vida.

Como señala Humberto Maturana (1990), educar es un acto de amor, porque implica aceptar al otro como legítimo otro en la convivencia. Desde esta comprensión, gestionar es también amar: crear las condiciones para que lo educativo ocurra, para que florezcan las comprensiones y los saberes, para que lo humano no se pierda entre los papeles y los plazos.



II. El Ser como horizonte de la gestión educativa

La pregunta por el Ser atraviesa toda práctica educativa. Edgar Morin (1999) nos recuerda que educar para el futuro exige enseñar la condición humana, es decir, ofrecer caminos para integrar razón, emoción, ética y complejidad. He procurado que la gestión educativa sea ese espacio donde se reconcilian los fragmentos: donde la planeación se une con la sensibilidad, la evaluación con el reconocimiento, la organización con la esperanza.

Gestionar, en este sentido, es un acto hermenéutico. Gadamer (1993) afirma que comprender es siempre un modo de estar en el mundo, una apertura hacia el sentido. Así, cada decisión educativa se vuelve interpretación: de contextos, de necesidades, de sueños colectivos. En esa tarea, la biografía profesional se entreteje con la vida de las instituciones y de las personas que las habitan. Lo que hacemos afuera tiene siempre una resonancia interior.

En mi recorrido, los escenarios institucionales han sido verdaderos laboratorios de humanidad. En ellos he confirmado que la gestión puede ser también un acto pedagógico, un espacio de formación de comprensiones. La gestión que fortalece el Ser no se impone, se ofrece; no se mide solo en resultados, sino en transformaciones sutiles: en los gestos, en las conversaciones, en los aprendizajes compartidos. Es allí donde la biografía se vuelve eco-biografía, donde lo personal y lo colectivo se reflejan mutuamente.

III. Saberes, comprensiones y conciencia de vida

La formación de saberes y comprensiones, tema que convoca este Congreso, me invita a mirar retrospectivamente mi propio proceso como un camino de conciencia. Los saberes técnicos y administrativos que acompañan la gestión educativa adquieren sentido solo cuando están al servicio de la vida. Como plantea Paulo Freire (1997), la educación auténtica es la que permite leer el mundo para transformarlo, pero también leerse a sí mismo para reinventarse. Desde esa perspectiva, el fortalecimiento del Ser es un movimiento dialéctico: hacia adentro y hacia afuera, hacia lo propio y hacia lo común.

Cada experiencia institucional —la apertura de nuevos proyectos, la construcción de modelos pedagógicos, la participación en redes académicas, la dirección de programas— ha sido un modo de aprender sobre la vida y con la vida. No se trata de logros acumulados, sino de comprensiones ganadas: que la educación no se decreta, se cultiva; que la gestión no se ejerce, se habita; que el liderazgo no se impone, se siembra.

Leonardo Boff (2002) propone pensar la educación como cuidado, como un acto de ternura hacia la existencia. Cuidar es reconocer la vulnerabilidad como fuente de fuerza. Desde esa mirada, gestionar instituciones educativas es cuidar comunidades humanas: acompañar los procesos, sostener las esperanzas, proteger los sueños. Es también cuidar el propio ser que gestiona, para no volverse instrumento, sino presencia.

La conciencia de vida de la que habla este Congreso —vida integrada de humanos y no humanos— implica asumir la gestión educativa como acto ecológico: no solo porque

impacta ecosistemas institucionales, sino porque participa de la red de la vida. Cada decisión, cada política, cada modelo, tiene efectos en el tejido vital del que formamos parte. En palabras de Morin (2003), educar para la era planetaria exige reconocer la interdependencia y la comunidad de destino entre todos los seres.

IV. En clave de sentido: una ética del fortalecimiento

El fortalecimiento del Ser no es un estado alcanzado, sino una ética del camino. Implica reconocerse inacabado, como diría Freire (1996), y al mismo tiempo consciente de la responsabilidad de seguir aprendiendo. He comprendido que la gestión educativa no es un oficio, sino una forma de existencia: una praxis que teje humanidad, que abre posibilidades, que sostiene la esperanza cuando el sistema parece olvidar el alma.

Como diría Ricoeur (1996), narrar la propia historia es ya una forma de comprenderla. En este texto me he narrado desde los vínculos, las decisiones, los desafíos y las transformaciones. Cada institución, cada proyecto, cada estudiante, ha sido parte de esa historia mayor de la educación que nos trasciende. El fortalecimiento del Ser, desde esta mirada, es también un proceso de comunión: autoformación, ecoformación y heteroformación (Pineau, 1983). Ser con los otros, aprender de los otros, y dejarse transformar por ellos.

Educar, gestionar, vivir... son, en el fondo, actos del mismo orden: actos de creación. La gestión educativa puede ser entonces un arte poético, una práctica de sentido que, lejos de la rigidez del control, promueve la apertura al misterio de lo humano. Es allí donde se funden los saberes y las comprensiones: cuando la razón se abraza con la emoción, cuando la técnica se pone al servicio de la vida.

V. Cierre: resonancias para seguir caminando

Si tuviera que definir en una sola frase el propósito de mi trayectoria, diría que ha sido aprender a mirar lo invisible. Mirar los procesos que no se cuantifican, los vínculos que no se miden, las transformaciones que no se reportan. Porque el verdadero fortalecimiento del Ser ocurre en lo invisible: en la conciencia, en la ternura, en la capacidad de asombro.

Hoy, frente a los desafíos de la educación contemporánea, reafirmo que la gestión educativa debe recuperar su dimensión ética y poética. No basta con gestionar instituciones; hay que gestionar humanidad. Y en esa tarea, el conocimiento se convierte en comprensión, y la comprensión en sabiduría.

Como afirma Edgar Morin (2011), “la misión de la educación es civilizar las civilizaciones”, recordándonos que nuestro trabajo educativo no termina en las aulas ni en los informes, sino en la vida misma. Ese es, al final, el sentido de este texto y de mi recorrido: fortalecer el Ser, para que cada decisión, cada encuentro, cada palabra, sea una forma de vida que haga posible seguir siendo.

Referencias

- Boff, L. (2002). *El cuidado esencial: Ética de lo humano – compasión por la Tierra*. Trotta.
- Freire, P. (1996). *Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la esperanza: Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Siglo XXI.
- Gadamer, H. G. (1993). *Verdad y método*. Sígueme.
- Maturana, H. (1990). *Emociones y lenguaje en educación y política*. Dolmen.
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*.

UNESCO.

- Morin, E. (2003). *Educación en la era planetaria*. Gedisa.
- Morin, E. (2011). *La vía: Para el futuro de la humanidad*. Paidós.
- Pineau, G. (1983). *Les histoires de vie en formation*. Paris: L'Harmattan.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI.